

NACIONALISMO

la peligrosa mezcla de retórica y política

A TRAVIESO la meseta castellana camino de Zamora. Atardece. Hay una fustigante línea de luz entre el horizonte y las nubes bajas. Mis amigos zamoranos me han invitado a hablar sobre el 98. Voy a hacerlo por primera y última vez, espero, en este año de tópicos, y me gusta hacerlo en una ciudad histórica y literaria que me hace recordar los versos de Unamuno: *“La clara carretera de Zamora, /soñadero feliz de mi costumbre”*. En el tren voy leyendo el libro de Jon Juaristi, *El bucle melancólico*, que les recomiendo. Ha sido una feliz casualidad porque trata un tema que guarda relación con la conferencia que voy a dar. Juaristi hace una apasionante interpretación emocional del nacionalismo vasco, y de su explosiva mezcla de mitos, creencias, activismo, sentimientos, religiosidad e ideas. Yo voy a hablar de las ideas políticas del 98, y de sus mitos, creencias, activismo, sentimiento, religiosidad e ideas. Demasiadas semejanzas para ser casuales.



El Pensamiento de
José Antonio Marina

UNO de los rasgos comunes a los noventayochistas fue su obsesión por el problema de España. Azorín declara: "No creo que tenga un solo libro ajeno a España". "Mi vida de escritor -recuerda Maeztu- estuvo consagrada casi exclusivamente al problema de mi patria". Unamuno quiso ser poeta/profeta de la "patria única española. Española universal".

Su enfoque fue sentimental, trágico, místico, retórico. Si en la prensa española hay un artículo tan famoso como el de Zola que conmemoramos este año, fue el que publicó Silvela en 1898, titulado *Sin*

Piel de toro, nación de naciones, estado autonómico, crisol de culturas... así plasmó hace cinco años esa compleja realidad el dibujante 'El Roto'

"De aquellos que se dicen ser gallegos, catalanes, vascos, extremeños, castellanos, etc., antes que españoles, desconfiad siempre", escribió Antonio Machado

pulso. Sintiendo que España estaba así, postrada y moribunda, los noventayochistas se aprestaron a suministrarla todo tipo de estimulantes. La errática trayectoria política de la que hablo en un recuadro, así como la común atracción por Nietzsche, tienen su origen en este afán anfetamínico, a ese ambiente apresurado de Unidad de Cuidados Intensivos.

Juaristi titula un emocionante capítulo de su obra



EL ROTO

Nº9 Febrero 1998

¿Qué hacer?. Cuenta que en su juventud él y sus compañeros, que habían respirado el "había que hacer algo, ¿pero qué?". Algo parecido les sucedía a los autores de la generación del 98. Y me parece que ni unos ni otros acertaron con lo que había que hacer.

HAY en todos ellos un victimismo peligroso. Hay, sobre todo, una sacralización irracional de la nación, que deja de ser un tema político para convertirse en un mito religioso. La nación -la que sea- se convierte en esencia intemporal, plena. Unánimemente creía que sólo España -y no otras regiones- merecía la dignidad de un mito y se refiere a ella con apelativos para mí incomprensibles

LIBRO

Por debajo de los movimientos sociales e históricos fluye siempre una corriente emocional. Juaristi, que conoció muy bien los ardores nacionalistas, ha querido poner al descubierto la que arrastra en la actualidad a muchos vascos. En el origen psicológico del nacionalismo encuentra una mitología que se ha ido cargando con historias de afrentas y heroísmos. Escribe: "Cada generación, a lo largo de este siglo, ha ido añadiendo nuevas figuras al relato original, pero éste en esencia sigue siendo el mismo: el tránsito del paraíso al desierto". No hay historia sino mito. La estrategia del abertzalismo es victimista y nostálgica. El núcleo de su discurso es inmune a la crítica porque no es una argumentación, sino una historia que prolifera, que vive en variantes, que se multiplica en vivencias generacionales, en biografías, en ofensas, en vindicaciones, y acaba encontrando el fundamento de una mitología místicoide, que arrastra a exaltados, melancólicos, iluminados, activistas, o mesiánicos, gentes de buena y de mala fe, en una ceremonia de la pasión que acaba consumiendo a propios y a extraños. Es un libro fascinante y pesimista.

El bucle melancólico.

Jon Juaristi. Espasa Calpe, 1997.

389 páginas. 2.400 pesetas.

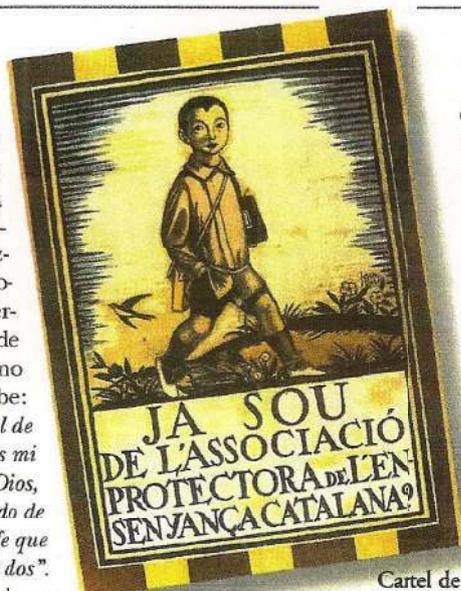
como "eterna e infinita", "universal y eterna". ¿Cómo puede ser eterna una creación histórica? Esta mezcla mística política le lleva a perder todo sentido de la medida, como cuando escribe: "Adiós, mi Dios, el de mi España, /adiós mi España, la de mi Dios, /se me ha arrancado de viva entraña /la fe que os hizo cuna a los dos". Semejante cóctel de religiosidad y patriotismo

se le sube a la cabeza y le hace decir: "La agonía de mi España es la agonía de mi cristianismo".

En 1903, tomo el dato de Juaristi, Sabino Arana escribe un melodrama histórico titulado *Libe*. La protagonista muere en la batalla de Munguía, mientras hace ondear la bandera de Bizcaya. El coro final implora: "Señor de lo alto, a quien muere para mantener para Ti libre su patria de este mundo, dale Tú la tuya eterna".

En este laberinto emocional cualquier sentimiento es válido con tal de que nos proporcione alguna exaltación. Al hombre, ya lo dijo Virginia Woolf, le gusta sentir. Lo que sea. Arana confesó a García Ladeveze: "a los 10 años, recuerdo, era ya intenso en mí el amor patrio, sólo que ignoraba cuál era mi patria". Menos mal que en 1882 tuvo una revelación que le sacó "de las nieblas extranje-ristas". Son emociones que parecen muy profundas pero que se agotan en sí mismas y acaban trivializando todo lo que tocan. Valle-Inclán confiesa que no se hizo carlista por razones políticas: "Hallé siempre más bella la majestad caída que sentada en el trono, y fui defensor de la tradición por estética. El carlismo tiene para mí el encanto solemne de las grandes catedrales, y aun en los tiempos de la guerra, me hubiese contentado con que lo declarasen monumento nacional".

La sacralización de la nación permite todo tipo de disparates porque el sujeto con-



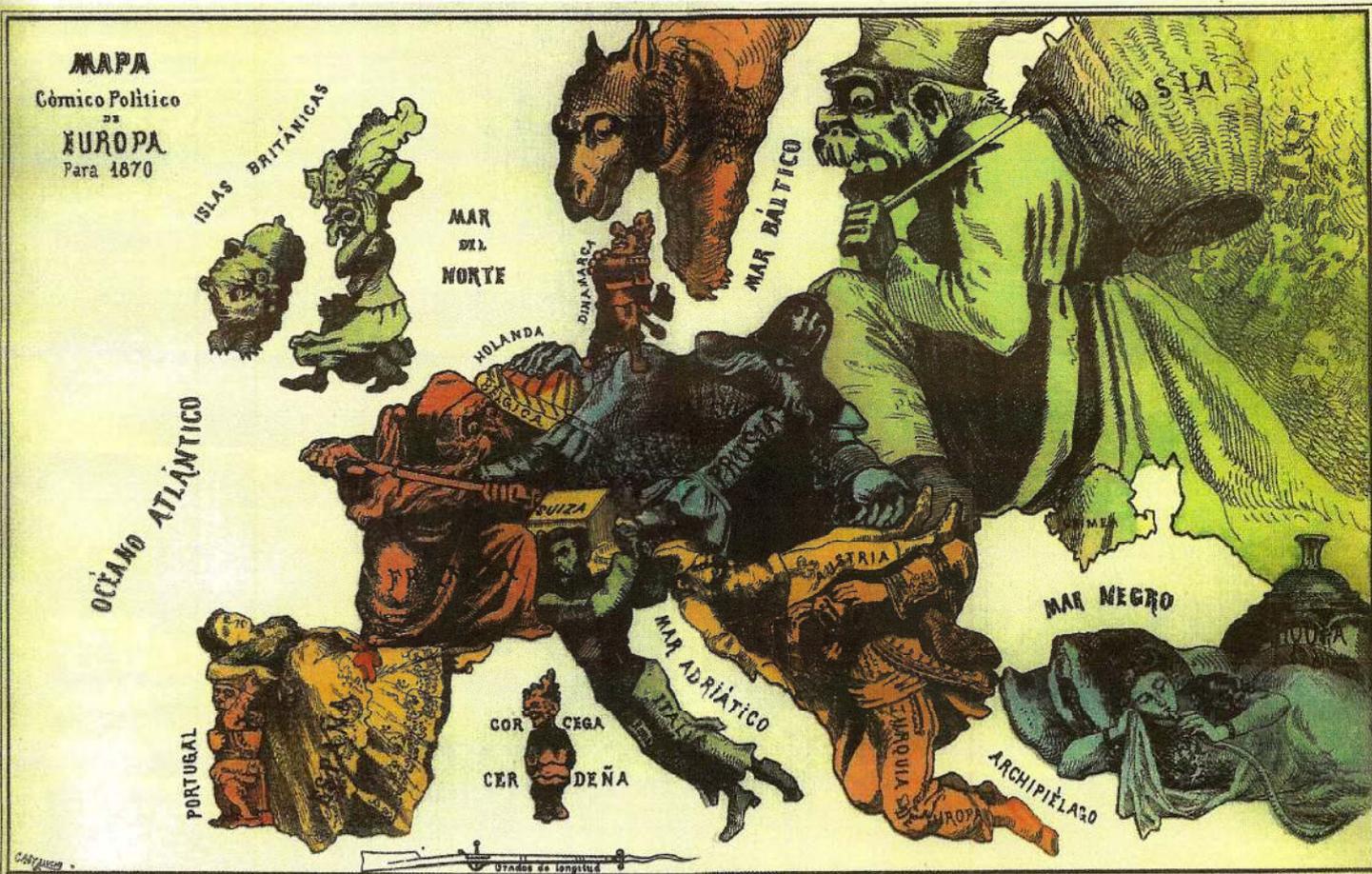
Cartel de Josep Obiols, 1919

creto, la persona, queda a merced de ese ídolo al que se puede sacrificar cualquier cosa. Y como lo importante de los ídolos es que den sentido a la vida, tensión al espíritu, energía al corazón melancólico, el contenido es secundario y puede tener distintas definiciones: la raza, las costumbres, la lengua, la misión, la religión.

Resulta espeluznante comprobar que todos los nacionalismos se parecen, y se vuelven peligrosos, una vez que deciden adorara a una esencia. Elorza ha señalado que Sabino Arana fue el fundador de una "religión política", intentó una transferencia de sacralidad desde la esfera religiosa a la política. Pero Unamuno también habla de la "religiosidad civil española", a la que acaba relacionando con la conciencia de una misión del pueblo español. De ahí su afán por españolizar todo lo que se ponía a tiro. Maeztu llegó al colmo de la exageración: "El mundo no ha concebido ideal más elevado que el de la hispanidad", escribe en *Defensa de la Hispanidad*. La esencia, se la defina como se la defina, sirve como criterio para evaluar las figuras, para excluir lo imperfecto o lo ajeno. Así funciona también con la idea nacional. Todos los nacionalismos fijan un canon al que hay que someterse. Hasta el sensatísimo Antonio Machado hace decir a Juan de Mairena: "De aquellos que se dicen ser gallegos, catalanes, vascos, extremeños, castellanos, etc., antes que españoles, desconfiad siempre. Suelen ser españoles incompletos, insuficientes, de quienes nada grande puede esperarse".

EL régimen de Franco heredó el dramático planteamiento de los noventayochistas, aunque de una peculiar manera. Cuando a finales de los 50 llegué a la Universidad madrileña desde mi natal y lejanísima Toledo, escuché aun los ecos de una polémica entre Calvo Serrero, distinguido miembro del Opus Dei y Laín Entralgo. En 1948 Laín publicó un libro titulado *España como problema*,

MAPA
Cómico Político
de
EUROPA
Para 1870



Mapa satírico-político que muestra cómo era la Europa de los nacionalismos que vivieron los autores de la generación del 98

donde describe la historia de la “*dramática inhabilidad de los españoles desde hace siglo y medio para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social*”. Aquello debió sonar a ex-

cesivo pesimismo y Calvo Serer publicó otro libro titulado *España sin problema*, cuya tesis era muy simple: el único problema de España era que tantos intelectuales pensaron que España era un pro-

blema. Y esto se lo achacaba sobre todo a la generación del 98. Sin embargo, a continuación imitaba el estilo de estos autores al hablar de que “*España debe continuar su misión universal comenzada en los siglos XVI y XVII, si no desaparecerá como unidad de destino*”. De nuevo sonaba toda la parafernalia esencialista, mística, vocacional que obligó a los niños de mi generación a aprender cosas como “*ser español es una de las pocas cosas importantes que se puede ser en esta vida*”. “*España es una unidad de destino en lo universal*”, “*tenemos voluntad de Imperio y afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio*”. Ya sé que no era más que retórica, pero del matrimonio entre la retórica y la política salen o hijos imbéciles o hijos violentos.

Del centenario del 98 podríamos sacar una lección. Es necesario expulsar de la política las mitologías, las grandilocuencias y las emociones. Hay que volver a una política sobria, cotidiana, racional y paciente. En vez de patriotismos espiritados convendría predicar el patriotismo de la Constitución, tan prosaico, pero tan sensato. Tenemos que decir adiós al 98 y a todos los santones metidos a políticos.

LAS IDEAS POLÍTICAS DEL 98

EL sentimiento de urgencia y peligro hizo que los noventayochistas buscaran soluciones en muchos sitios, por lo que su biografía política es errática. Azorín fue anarquista, antiparlamentario, federalista, monárquico, maurista, parlamentario, primoriverista, republicano, españolista, franquista. Unamuno: regionalista y federalista primero, luego, o al tiempo, libertario, antisocialista, europeísta, republicano, antieuropeísta, se afilió al Partido Socialista en 1894, se borró pocos años después, estuvo, con problemas, en el lado franquista. A Valle se le ha llamado carlista, federalista, ácrata, republicano, fascista y marxista.

Todos tenían un desprecio absoluto hacia la clase política y hacia el parlamentarismo, a veces desconfiaban de la democracia. Azorín: “*El régimen parlamentario es creador de desorden e incompetencia*”. Maeztu: “*En España las elecciones son fatales. No hay en ellas institución alguna patria o ejército, iglesia o propiedad, familia o universidad, que no se ponga en entredicho*”. Unamuno reconocía que “*pedirle al pueblo que resuelva por el voto la orientación política que le conviene es pretender que sepa fisiología de la digestión todo el que digiere*”.

Antonio Machado me parece el más sereno, entrañable y humilde: “*Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se lava: que no basta vivir sobre él, sino para él; que allí donde no existe huella del esfuerzo humano no hay patria*”.

Una interesante y amena antología de textos políticos del 98 la encontrará el lector en el libro de Javier Figuero *La España de la rabia y de la idea* (Plaza & Janés).